

# LA HUMANIZACIÓN DEL PROLETARIADO

POR LA ENSEÑANZA TÉCNICA PROFESIONAL

---

A través del siglo XIX ha ido cimentándose, hasta adquirir las características de un axioma, la idea de que nada contribuye en mayor grado a la prosperidad de los pueblos y al bienestar general como la educación de los individuos. Además, el progreso de las ideas democráticas determinó un movimiento general de la política europea, americana y japonesa hacia la extensión de los beneficios de la escuela, especialmente de la elemental, a las capas populares de la estructura social, movimiento que se polarizó en las leyes de instrucción obligatoria, que rigen en la mayor parte de las naciones modernas.

Ese movimiento plantea muy serios problemas en el campo de la política, de la ciencia y de la filosofía que requieren el concurso de todas las personas bien intencionadas y capacitadas. Los hombres estudiosos de nuestra época no deben olvidar que ningún problema filosófico es más importante que el educacional, si es que la filosofía se considera no como vana especulación sobre asuntos inasequibles a la inteligencia del hombre sino como la síntesis esplendorosa de la cultura orientada hacia una mayor espiritualización de la humanidad. Y ninguno tampoco requiere el concurso de mayores esfuerzos individuales y colectivos, ni más profundos conocimientos sobre la naturaleza psicológica del hombre y acerca de la estructura social de los pueblos contemporáneos.

A cada época de la evolución sociológica de las naciones corresponden ideas y sistemas educacionales propios. De ahí

que, en nuestra república, se plantean hoy nuevos problemas y aparecen nuevas ideas en el campo pedagógico.

Desgraciadamente, la educación elemental es, aún en nuestros días, un asunto resuelto a medias. Es obligación ineludible de todos los hombres de gobierno argentinos propender a su rápida solución. ¿No debiera avergonzarnos el elevado porcentaje de analfabetos existente en el país? En la capital de la república, territorio en el cual la educación ha llegado a un desenvolvimiento muy superior al alcanzado en el resto del país, sobre una población de 331.000 niños en edad escolar, es decir, de 6 a 14 años, sólo asisten a la escuela 250.800, ó sea el 75.7 por ciento. Claro está que el 24.3 por ciento restante no permanece sin asistir a la escuela, pero resulta un elevado número de niños que van tarde a la misma o que salen de ella prematuramente. De ahí que el analfabetismo, que en algunas provincias llega a un porcentaje bochornoso, se agrava con la insuficiente escolaridad de una porción considerable de la población infantil; de ahí que una gran proporción de los habitantes que engruesan el número de los que se han beneficiado con la escuela solamente han cursado algunos de sus grados. Además, a medida que el gobierno nacional lleva sus escuelas a los territorios de las provincias, éstas abandonan las suyas alegando falta de recursos para sostenerlas, pues desgraciadamente, para muchos políticos del interior, el problema educacional no es fundamental y aprovechan los beneficios de la ley 4874 para disminuir los gastos que ocasiona a los presupuestos provinciales el fomento de la educación popular.

Sin embargo, debido especialmente a la acción del gobierno nacional y de algunos gobiernos provinciales, la educación elemental ha realizado innegables progresos, que fueron acentuándose a partir de la caída de la dictadura de don Juan Manuel de Rosas. En 1925, el país contaba con 10.542 escuelas, comprendiendo las nacionales, las provinciales, las de niños débiles de la Capital federal, las de adultos, las que funcionan en las cárceles y en los cuarteles y 258 escuelas privadas de Buenos Aires. Asisten a ellas 1.328.000 alumnos y cuentan con 45.360 maestros. El estado invierte en su sostenimiento pesos 130.107.211 al año, de los cuales corresponden a los presumpues-

tos provinciales pesos 50.550.000 y el resto al presupuesto nacional.

En nuestros días, la cuestión educacional se complica sobremanera; el actual progreso económico plantea nuevos problemas y nuevas orientaciones. A medida que el país va dejando de ser exclusivamente agropecuario y se abre una época de progresos insospechados para el comercio y la industria fabril, se hace más necesaria la intensificación de la instrucción técnica comercial y profesional.

Hay que abrir nuevos horizontes a la juventud. En los últimos cien años se han desarrollado de modo extraordinario las actividades industriales y comerciales de los países europeos y americanos. El comercio internacional de Francia e Inglaterra se multiplicó por 14.

En nuestro país, en los últimos 50 años el comercio internacional se acrecentó 22.7 veces. En 1878, con una población de 2.353.000 habitantes, la importación alcanzó a 43.759.000 pesos oro y la exportación a 37.524.000, lo que representaba un total de 81.283.000 para todo el intercambio internacional, y por habitante 34.5. En 1927, la población alcanzaba a 10.647.000, la importación a pesos oro 857.000.000, la exportación a 1.009.000.000, el intercambio total a 1.866.000.000, y, por cada habitante, a 175.3.

Es menester, en consecuencia, orientar la juventud hacia el ejercicio de las actividades comerciales e industriales, comprendiendo éstas las industrias campesinas y las fabriles.

Por otra parte, la instrucción es aún, en gran medida, un privilegio, pues la gran mayoría de los habitantes del país apenas si recibe los beneficios de la instrucción primaria, y digo apenas, porque la gran mayoría de los niños no llegan a cursar los últimos grados de la escuela elemental.

La cultura no puede ya ser un privilegio; hora es de que sea el patrimonio de todos.

Hay que hacer desaparecer el abismo que separa en nuestros días el trabajo manual y el intelectual.

Hay que destruir el funesto prejuicio de que el trabajo manual es denigrante. Hay que dignificar toda labor útil a la sociedad.

Ya los obreros organizados en sindicatos y partidos han abierto un profundo surco en el campo de la nueva y buena doctrina desde la segunda mitad del siglo XIX, conquistando mejores condiciones de trabajo. La legislación social — que asegura una mejor retribución del esfuerzo, mejores condiciones de higiene, el seguro de accidentes y vejez y la jornada de 8 horas — ha levantado, en manera considerable, el nivel de vida de los trabajadores.

Lo que más ha contribuido a cimentar el prejuicio popular de que el trabajo manual es denigrante han sido las condiciones inhumanas en que se trabajaba en épocas anteriores.

Es incalculable lo que la clase obrera ha hecho en pro del progreso humano. Pensemos que solamente la jornada máxima de 8 horas representa una de las más bellas conquistas de la higiene social. Las largas jornadas agotadoras mantenían a la gran mayoría de la humanidad en un estado de fatiga crónica que roía las raíces mismas de la raza. Si a esto añadimos los exiguos jornales y la incultura de los obreros, se tienen las causas del desprestigio de las labores manuales. Es la misma familia proletaria la que, con su esfuerzo organizado, ha contribuido a prestigiar el trabajo y las ocupaciones útiles.

Falta suprimir la valla que separa el esfuerzo físico y el intelectual, espiritualizando la vida del obrero, para llegar a la glorificación del trabajo.

Ha llegado la hora de realizar la síntesis de la idea y la acción, de la ciencia y el trabajo.

Ya en el siglo XVII el filósofo Juan Locke, en sus *Pensamientos acerca de la educación*, sostenía la necesidad de enseñar un oficio a pesar de que « no he pretendido educar — decía — sino a un caballero cuya condición no parece compatible con un oficio. Y, sin embargo, no vacilo en decir que quisiera que mi gentilhombre aprendiese un oficio, sí, un oficio manual : hasta quisiera que aprendiese dos o tres, pero uno especialmente » (1). ¡ Con cuánta mayor razón podemos nosotros pedir la enseñanza de un oficio para todo joven, sin excepción alguna !

La República Argentina es actualmente una gran democra-

(1) Traducción castellana de D. Barnés, página 273.

cia; es el momento oportuno para educar a todos sus hijos, hombres y mujeres, en la práctica de un oficio. Ha llegado la hora de orientar la instrucción pública hacia la enseñanza técnica profesional. Todo joven de 14 años, al abandonar los bancos de la escuela elemental debiera dedicar tres años a la instrucción técnica. En Francia, el congreso de la Liga francesa de la enseñanza profesional, reunido en 1905, votó pidiendo que la enseñanza profesional fuese obligatoria para todos los jóvenes menores de 18 años, de uno y otro sexo. Por el momento, no pediría una ley de enseñanza técnica obligatoria, ya que habría que empezar por fomentar dicha enseñanza, creando escuelas-talleres apropiadas. Habría que poner todas las fuerzas morales y económicas del país al servicio de este gran ideal, que convertiría a la Nación Argentina, en pocos años, en uno de los pueblos más hermosos y progresistas del mundo.

Lo que el país ha hecho hasta hoy, en cuanto a instrucción técnica, es muy poco. Es la rama de la enseñanza más descuidada, que menos ha preocupado a los estadistas argentinos, como asimismo a la población, como lo demuestra el siguiente cuadro del estado actual de la instrucción pública :

Establecimientos	Nº de alumnos
46 colegios nacionales.....	17.000
85 escuelas normales, incluida una de lenguas vivas (gradúan anualmente a 3.500 individuos)...	14.000
10 escuelas comerciales.....	3.400
5 escuelas industriales.....	2.000
29 escuelas de artes y oficios para varones.....	1.500
1 escuela de industrias químicas.....	30
18 escuelas profesionales de mujeres .....	5.500
1 instituto del profesorado secundario.....	800
1 instituto superior de educación física.....	250
2 institutos de sordomudos.....	400
1 instituto de ciegos .....	150
1 academia nacional de bellas artes.....	576
1 escuela nacional de artes .....	167
1 conservatorio nacional de música y declamación.	300
5 universidades nacionales con 25 facultades y 24 establecimientos de enseñanza secundaria, normal o especial, con :	
Las Facultades .....	14.000
Los Institutos anexos.....	8.500

Las escuelas de agricultura, que dependen del Ministerio de Agricultura, son :

4 escuelas especiales de agricultura .....	} 400
6 escuelas prácticas de agricultura.....	

Además, existen en el país :

1 Escuela de agronomía y ganadería, dependiente de la Universidad de La Plata .....	52
1 Escuela de capataces rurales, dependiente de la Universidad del Litoral.....	80

Este cuadro evidencia la poquísima preocupación de nuestros estadistas — salvo honrosas excepciones — para fomentar la enseñanza práctica profesional, y la no menos poca vocación de nuestros jóvenes por esos estudios. Hay un verdadero contraste entre la enorme cantidad de inscriptos en colegios nacionales, escuelas normales y universidades, que suman en total 53.500, y la inscripción en las escuelas industriales, profesionales, agrícolas y comerciales, que reúnen 12.962 alumnos, de los cuales 5.500 son mujeres que asisten a las escuelas profesionales; lo que vale decir que es insignificante el número de varones — 7.462 — que reciben esa instrucción. Llama sobre todo la atención que en un país agrícola-ganadero, como lo es el nuestro, las escuelas de agricultura y ganadería tengan sólo 532 alumnos !

La existencia de ganado el 31 de diciembre de 1922, según una planilla que ha tenido la amabilidad de enviarme el Director de economía rural y estadística del Ministerio de Agricultura de la Nación, era :

Ganado vacuno.....	37.000.000
» lanar.....	36.200.000
» porcino.....	1.400.000
» caballar .....	9.400.000
» mular .....	600.000
» asnal .....	289.000
» cabrío.....	4.800.000

La agricultura está en pleno desarrollo, como puede apreciarse por el siguiente cuadro de la tierra cultivada, en que aparece el número de hectáreas sembradas en los dos años 1912-13 y 1925-26 :

	1912-1913	1925-1926
Área total cultivada.....	20.917.656	23.908.719
Cereales .....	12.110.073	13.964.969
Plantas industriales.....	2.131.423	2.982.807
Hortalizas y legumbres....	185.430	229.963
Alfalfa.....	5.834.330	6.021.500
Frutales y otros árboles....	656.400	629.530

En el siguiente cuadro puede apreciarse el área sembrada con los distintos cereales y la cantidad de toneladas de producto en los mismos años :

	1912-1913		1925-1926	
	Hectáreas sembradas	Reducción a toneladas	Hectáreas sembradas	Reducción a toneladas
Trigo .....	6.918.450	5.100.000	7.768.000	5.202.000
Maíz .....	3.830.000	4.995.000	4.297.000	8.170.000
Lino.....	1.900.000	1.130.000	2.509.000	1.907.989
Avena ....	1.192.400	1.100.000	1.292.530	1.167.484
Cebada....	107.950	24.494	364.200	371.316
Centeno...	39.900	14.028	202.590	120.231
Totales....	13.988.700	12.363.522	16.433.320	16.939.020

Sin embargo, como decía, la inscripción de alumnos en las escuelas de agricultura y ganadería apenas pasan de 500.

La Municipalidad de Buenos Aires, posee las siguientes instituciones populares de instrucción profesional:

*Escuela de música*, para jóvenes de 10 a 18 años; sus egresados varones se colocan frecuentemente en bandas militares. Cuenta actualmente (1928), con la siguiente inscripción : 324 varones, y 139 mujeres.

*Escuela de jardineros*, dependiente de la Dirección general de paseos públicos; sus egresados son ocupados para el cuidado de los jardines municipales. Se da preferencia en el ingreso a los hijos de los peones y capataces de la Dirección de paseos. Inscripción : 60 alumnos.

*Escuela de agricultura*, dependiente también de la Dirección de paseos; para el ingreso se exige tener 14 años. Inscripción : 61 varones y 7 mujeres. Ha sido inaugurada en 1928.

*Escuela de enfermeras y masagistas*, para mujeres de 17 a 35 años; prepara personal competente para los hospitales. Inscripción: 159 en el curso de enfermeras y 15 en el de masagistas.

*Escuela de artes y oficios*, para formar obreros de la industria. Consta de los siguientes cursos para varones de 12 a 18 años: ebanistería, herrería, cincelado, grabado y modelado; y de los siguientes para niñas: corte y confección, puntillería y encaje, tejidos e hilandería. Inscripción 112 alumnos.

*Escuela de telares Clemente Onelli*. Inscripción 70 alumnos.

*Escuela de avicultura*, que funciona, como la anterior, bajo la dirección del Jardín zoológico. Inscripción: 25 varones y 9 mujeres.

La inscripción total, en estas escuelas municipales, es: 594 varones y 511 mujeres (1).

Existen en el país institutos privados de educación profesional (la mayor parte funcionan en la ciudad de Buenos Aires), como asimismo cursos de perfeccionamiento cultural. Los principales — por lo menos los que conocemos o recordamos — son: el *Instituto Argentino de Artes Gráficas*, que funciona desde 1907 y que, según el acta de fundación « se dedicará a la instrucción teórico-práctica de todas las ramas gráficas, estableciendo al efecto las clases convenientes, en local a propósito, para la escuela del Instituto ». En esta escuela funcionan los siguientes cursos: dibujo, con 60 alumnos; gramática castellana, con 10 alumnos; linotipo, con 58; composición tipográfica, con 65; impresión tipográfica, con 58; transportes litográficas, con 11; impresión litográfica con 3; encuadernación, con 51 (datos correspondientes a 1923). La *Sociedad de Educación Industrial*, con diversos cursos profesionales. Las 10 escuelas de artes y oficios de los salesianos, situadas en distintas partes del país, con numerosos alumnos (2). Las compañías de tranvías de la Capital federal tienen escuelas de conductores.

(1) Estos datos, acerca de las escuelas municipales de Buenos Aires, me han sido facilitados por el señor Intendente doctor Horacio Casco.

(2) Según el inspector señor Ernesto Nelson, estas escuelas contarían con una inscripción de unos 10.000 alumnos (*Educational Yearbook of the international institute of Teachers College*; Columbia University, 1925, pág. 40).

Funciona también, en Buenos Aires, una escuela privada para mecánicos y pilotos de marina mercante. La universidad popular *Sociedad Luz*, dirigida por el concejal doctor Ángel M. Giménez, organiza anualmente varios cursos culturales y también profesionales para obreros con la cooperación de profesores secundarios y de la Universidad. Existen también en Buenos Aires, la *Universidad de la Boca* y la *Universidad Popular de Boedo*, instituciones privadas y con fines análogos. En la Casa del pueblo, de Buenos Aires, funciona una *Comisión de Cultura*, presidida por el autor de estas líneas, cuya finalidad es organizar actos populares de cultura superior, científica y artística, con la colaboración de los profesores de la Universidad, intelectuales de renombre y artistas. En la misma Casa del pueblo funciona, desde este año (1928), una *Escuela libre de estudios sociales* para obreros.

Funcionan cursos profesionales en las cárceles, en los reformatorios para menores, en los asilos de alienados, en los institutos de ciegos y de sordomudos. Están las escuelas para mecánicos del ejército y la armada, dependientes de los ministerios de Guerra y Marina. La Facultad de ciencias médicas de Buenos Aires, posee cursos para preparar visitadoras de higiene, enfermeros, masagistas y parteras. Además, las distintas facultades universitarias del país organizan actos de cultura popular, especialmente la Facultad de humanidades y ciencias de la educación de la Universidad de La Plata.

A pesar de todo lo hecho, la mayor parte de la masa ciudadana no recibe los beneficios de la enseñanza técnica profesional. Sin embargo, ha sonado la hora de la movilización de la juventud para las fecundas artes de la paz!

El estado debe aprovechar todos sus talleres, todas sus usinas para hacer funcionar en ellas escuelas profesionales. En éstas, los aprendices adquirirían la práctica profesional en los mismos talleres, lo cual es el ideal, pues así dichas escuelas estarían siempre en contacto con la realidad social, vale decir, con las necesidades del comercio, de las industrias y de los servicios públicos, y evolucionarían paralelamente con ella. La enseñanza teórica — científica y artística — se impartiría en aulas anexas o en edificios cercanos. Los aprendices podrían estar

obligados a asistir a esos cursos por disposiciones ministeriales o por ley. Así, cada taller o usina del estado — nacional, provincial o municipal — se convertiría en una escuela profesional.

Es menester proponerse seriamente impartir instrucción profesional a todos los jóvenes del país, sin excepción. Ninguna nación ha resuelto de modo integral este gran ideal cultural; sin embargo, las naciones más cultas de Europa han realizado un esfuerzo considerable en ese sentido.

Alemania es el país donde más se ha perfeccionado y extendido la enseñanza técnica profesional para el comercio y la industria. Ese es el secreto de la gran capacidad técnica de la población alemana; además de haber sido el fundamento de su prosperidad económica, lo fué también de su culminación en la ciencia experimental y en las más elevadas y desinteresadas especulaciones filosóficas y en un esplendoroso florecimiento de su cultura artística.

Por ley de 1891, el estado alemán faculta a las municipalidades para establecer por ordenanza la obligación para los industriales de enviar a sus aprendices menores de 18 años, en horas adecuadas, comprendidas dentro del horario de la jornada de trabajo, a las escuelas de perfeccionamiento profesional, que generalmente dependen del gobierno municipal.

En Berlín, por ordenanza municipal de 1905, se declara obligatoria la asistencia a los cursos de perfeccionamiento para todos los aprendices menores de 18 años.

¡En Alemania, más de 500.000 jóvenes son alumnos de las distintas escuelas técnicas, sin contar los que asisten a las escuelas de comercio! Al principio del siglo, ya contaba esa nación con 11 universidades o altas escuelas técnicas (Technische Hochschulen) con 15.000 alumnos regulares y numerosos oyentes; 6 universidades o altas escuelas comerciales, con 200 a 500 alumnos cada una; 547 escuelas industriales con 42.000 alumnos; 85 escuelas comerciales con 7 a 8000 alumnos; 2313 cursos de perfeccionamiento industrial, con 300.000 alumnos; 522 cursos de perfeccionamiento comercial, con 40.000 alumnos.

La guerra europea desorganizó esta hermosa obra cultural, como en todos los países que tomaron parte en ella; pero, actualmente, ya está adquiriendo su antiguo esplendor.

En Francia, la enseñanza técnica no ha adquirido el gran desenvolvimiento alemán. Antes de estallar la guerra, sobre una población de 600.000 jóvenes menores de 18 años, de uno y otro sexo, empleados en el comercio y en la industria, sólo el 10 por ciento asistía a cursos de perfeccionamiento técnico. A partir de 1919 se viene realizando un gran esfuerzo en ese sentido. La enseñanza técnica industrial y comercial se imparte actualmente en los siguientes establecimientos dependientes de la Subsecretaría de estado de la enseñanza técnica:

1 escuela normal de enseñanza técnica (París).

1 conservatorio nacional de artes y oficios (París).

1 escuela central de artes y manufacturas (París).

6 escuelas nacionales de artes y oficios (Aise, Angers, Chalons, Cluny, Lille, París).

16 escuelas superiores de comercio (París, 2; Lille, 2; Alger, Bordeaux, Dijon, Le Havre, Lyon, Marseille, Montpellier, Nancy, Nantes, Rouen, Toulouse, Clermont-Ferrand).

5 escuelas nacionales profesionales (Armentières, Nantes, Vierzon, Voiron, Epinal).

2 escuelas nacionales de relojería (Clauses, Besançon).

7 escuelas profesionales de París para varones.

8 escuelas profesionales de París para niñas.

20 escuelas prácticas de comercio y de industria para niñas.

1 escuela nacional de horticultura y cestería, de Fayl-Billot.

1 escuela práctica de comercio, de Boulogne-sur-Marne.

65 escuelas prácticas de comercio y de industria para varones.

16 escuelas prácticas de industria para varones.

Funcionan, además, los siguientes establecimientos reconocidos por el estado, en los cuales la Subsecretaría de Estado de la Enseñanza técnica mantiene un cierto número de becas:

5 escuelas prácticas de relojería.

4 escuelas de oficios.

8 escuelas en París de electricidad, mecánica, dibujo industrial, etc.

7 escuelas en provincias, de ingeniería, electricidad, pintura, comercio, etc.

Las siguientes escuelas son ayudadas por el estado:

1 escuela municipal del comercio exterior y de representación, en Lyon.

1 escuela de hilandería y tejidos del Este, en Epinal.

1 escuela francesa de curtiduría, en Lyon.

La Subsecretaría de estado de la Enseñanza técnica mantiene becas en once escuelas privadas, comerciales e industriales, de las cuales seis funcionan en París y las otras en provincias.

Desde que entró en vigor la ley Astier, las comunas han organizado numerosos cursos de perfeccionamiento. Las comisiones locales son las que determinan los cursos que deben ser creados. Su asistencia se declara obligatoria por decreto ministerial. Además, los sindicatos patronales y obreros organizan también cursos de perfeccionamiento profesional; existen también cursos creados por iniciativa privada individual. Entre los sindicatos patronales que merecen mención a este respecto podemos citar el de mecánicos, caldereros y fundidores de Francia, según el cual la enseñanza práctica debe ser dada en el mismo taller, y la teórica comprenden: *a)* cursos técnicos que proporcionen conocimientos relativos a cada profesión; y *b)* instrucción complementaria dada en el mismo taller por los jefes, contramaestres, etc.; la Cámara sindical de carroceros de París, el Sindicato profesional de las industrias eléctricas, la Cámara sindical de constructores y fundidores del Este, y el Sindicato de constructores-mecánicos, caldereros y fundidores de Ysère y departamentos vecinos, la Comisión sindical metalúrgica de Lille, Sindicato de metales del Limousin, Sindicato de construcciones mecánicas y navales de Nantes y de Loira inferior, Comisión Sindical de las industrias metalúrgicas y anexas del departamento del Rhona.

Entre las iniciativas privadas podemos citar las de los grandes establecimientos metalúrgicos de Schneider & Compañía: la usina del Creusot, las canteras de Chalon-sur-Saône, las usinas de Champagne-sur-Seine, del Havre, de Harfleur y del Hoc. La usina del Creusot mantiene escuelas primarias, escuelas preparatorias para ingresar en las de artes y oficios y cursos pre-profesionales preparatorios para el ingreso en el taller en calidad de aprendiz. El aprendizaje dura tres años y, durante

los dos primeros, los alumnos asisten a los cursos, que comprenden: trabajos manuales, tecnología del taller, dibujo industrial y cultura general.

Desde la sanción de la ley Astier se han abierto muchos cursos para los aprendices en grandes establecimientos industriales, especialmente metalúrgicos.

La ley Astier, de 25 de julio de 1919, rige actualmente en Francia la enseñanza profesional. Consta de 52 artículos que fijan las bases reglamentarias de todo lo referente a la materia: define la enseñanza técnica, clasifica los establecimientos en públicos y privados, determinando su régimen administrativo y la constitución de su cuerpo docente, enumera las personas que no pueden dirigirlos, como ser los condenados por crímenes comunes, los privados judicialmente de la patria potestad, etc.; determina su régimen de gobierno, a cuyo frente está el Consejo superior de enseñanza técnica, presidido por el ministro del Comercio y de la industria; la constitución de los comités departamentales y cantonales de enseñanza profesional, etc.

El artículo 38 declara obligatoria la asistencia a los cursos de perfeccionamiento profesional a medida que ellos funcionen. El 45 establece la obligación patronal de exigir y vigilar la asistencia de sus aprendices a los mismos, a cuyo efecto estarán munidos de una libreta en la cual el profesor anotará las asistencias. El artículo 47 establece que el aprendiz que haya asistido asiduamente a los cursos podrá presentarse a examen para optar al certificado de aptitud profesional. El jurado para estos exámenes está formado por el inspector departamental de enseñanza técnica, profesores y delegados obreros y patronales.

En Inglaterra, en 1905, frecuentaban los cursos diurnos y nocturnos de perfeccionamiento técnico industrial y comercial, unos 700.000 alumnos, a pesar de que no existe obligación legal.

En Suiza, para una población de 3 y medio millones, hay :

1 politécnico (Zurich).

53 escuelas industriales.

30 escuelas comerciales.

43 escuelas de economía doméstica.

En muchos cantones la ley establece la obligación para los

aprendices de asistir a los cursos de perfeccionamiento, a los cuales concurren unos 40.000 jóvenes.

El politécnico de Zurich es el único que depende directamente del gobierno federal. Comprende las siguientes secciones : un escuela de agricultura, una de ingenieros, una de técnica mecánica, una de química, una división para bosques y agricultura, una escuela normal de maestros, una escuela de filosofía y de economía política y una de ciencias militares. Como se ve, es un establecimiento de enseñanza superior. Cuenta con 1300 alumnos y numerosos oyentes libres, y los estudios duran de 2 a 4 años.

Hay escuelas superiores de bellas artes en Ginebra y otras ciudades. Seis *Technicums*, en Ginebra, Fribourg, Bienne, Berthou, Winterthur y Le Locle, para formar ingenieros civiles y de industrias, ingenieros mecánicos y electricistas, empresarios de obras, jefes de trabajos y caminos, dibujantes-constructores, etc. Sus estudios son de grado intermedio entre los del *Polytechnicum* y los de los otros establecimientos anteriormente enumerados y cuya finalidad es dar instrucción técnica a la clase obrera.

En Hungría, la enseñanza es obligatoria para los aprendices menores de 18 años por ley de 21 de mayo de 1884.

En Bélgica, en 1910, para una población de 6 y medio millones de habitantes, había 672 institutos profesionales, industriales y comerciales, con 67.000 alumnos.

En Dinamarca, la ley de 30 de marzo de 1889 obliga a los patronos a enseñar con esmero el oficio a los aprendices y a permitirles asistir a los cursos de perfeccionamiento. La mayor parte de las escuelas técnicas son privadas, atendidas por particulares, sociedades y sindicatos obreros. En 1904, sobre una población de dos y medio millones, había 121 escuelas industriales, con 18.000 alumnos, y 57 escuelas comerciales, con 4000 alumnos.

En Noruega existe una ley de aprendizaje muy semejante a la de Dinamarca, con las mismas obligaciones para la clase patronal con respecto a sus aprendices (ley de 15 de junio de 1881).

Los estadistas de todos los países importantes de Europa han

comprendido que existe una estrecha relación entre el desarrollo de la enseñanza técnica y la prosperidad del comercio y la industria. Es evidente que la preparación técnica de los individuos, no sólo aumenta la capacidad económica de los mismos, sino que es factor fundamental para el engrandecimiento de las naciones.

En nuestro país, no sólo debemos propender a fomentar la instrucción técnica de la juventud, sino que también debemos proponernos llegar a cumplir este gran ideal pedagógico : que ningún joven deje de aprender un oficio.

La preocupación de los estadistas del porvenir en materia de instrucción pública, deberá ser propender a perfeccionar y desarrollar la enseñanza técnica, imbuídos de la convicción de que no hay nada más eficaz para engrandecer a la nación.

Las escuelas técnicas tienen sus enemigos. Sostienen que los obreros desdennan una enseñanza que encuentran demasiado teórica, y además — dicen — muchos egresados están, al comienzo de su labor profesional, en desventaja con respecto a los que se formaron empíricamente en los talleres de la industria. Es evidente que una instrucción técnica demasiado teórica puede ser de resultados negativos; más aún, puede alejar a los jóvenes de las tareas manuales, creando una detestable orientación burocrática. Pero esto no sería más que la consecuencia de una mala educación. En cambio, una buena educación técnica aumenta mucho la capacidad del obrero, pues a la práctica del taller se aúna una mayor ilustración general que no puede adquirirse, salvo casos excepcionales de autodidaxia, fuera de la escuela. El economista Carlos Gide atribuye a la gran difusión de las escuelas técnicas la superior capacidad económica de la nación alemana. Aún admitiendo que los jóvenes egresados no pudiesen competir, en los primeros tiempos, con los viejos obreros hechos en la experiencia cotidiado de las fábricas, no tardarían en aventajarlos con el andar del tiempo.

Ya desde las escuelas primarias hay que despertar en los niños el amor al trabajo fecundo ; esto es lo que hace excelente el tipo de escuela activa, que fué la creación genial de Pestalozzi y que tanto éxito y difusión ha alcanzado en los Estados Unidos de Norte América.

Además, es menester que los jóvenes se decidan, al ingresar en una escuela técnica, por un oficio que corresponda a sus condiciones orgánicas y mentales a fin de evitar posteriores fracasos. De ahí la necesidad de la *selección profesional* en dichos establecimientos, efectuada por médicos, y también la necesidad de las llamadas oficinas de *orientación profesional*, con consejos de orientación formados por médicos, psicólogos, comerciantes y representantes de los sindicatos industriales y obreros, a fin de que los jóvenes puedan elegir mejor la profesión de acuerdo a sus facultades mentales, a sus condiciones orgánicas, a la capacidad económica de sus padres y a las necesidades del comercio y la industria.

La tendencia a la división del trabajo — siempre más acentuada en nuestros tiempos — dificulta enormemente la adquisición de los oficios a los aprendices de los talleres industriales. En la industria de la cerrajería, por ejemplo, unos obreros no hacen sino agujeros en las chapas de metal, y esta tarea puede repetirse durante años, es decir, hasta que el obrero cambie de destino, en cuyo caso lo más probable es que pasará a practicar una operación no menos especializada en la misma industria, o quizá pasará a otra para también efectuar alguna operación particular de las múltiples que requiere la confección de un objeto, como ser, si va a una fábrica de relojes, contribuir a confeccionar las agujas. Así, jamás sabrá fabricar una cerradura y menos confeccionar el más sencillo aparato de relojería. No hay que asombrarse si en una fábrica de calzado, sobre millares de obreros no haya uno sólo capaz de confeccionar un par de botines. No es el caso de discutir si es eso conveniente o no, pues es el resultado forzoso de la evolución técnica industrial en nuestros tiempos; pero, indudablemente, desde el punto de vista psicológico es un grave inconveniente para la formación de la personalidad del obrero. Éste resulta así sin mayores horizontes mentales. La enseñanza técnica en escuelas-talleres capacita al joven obrero en el dominio total de un oficio complejo y lo pone en condiciones de optar indistintamente a cualquiera de las múltiples especialidades de una industria. Esto aumenta su capacidad económica, pero no es lo esencial: amplía los horizontes mentales del individuo, perfeccionando

armónicamente sus aptitudes intelectuales y su gusto artístico.

En el campo comercial, la especialización no es menos acentuada. Lo mismo sucede en la administración del estado : un empleado queda destinado durante años a llenar siempre el mismo tipo de formularios, a escribir a máquina notas que le dicta su jefe, a pasar al libro copiador estas mismas notas o a escribir direcciones. Así, vemos con frecuencia que antiguos empleados de oficina son realmente inútiles para realizar cualquier tarea, más o menos compleja, que no se haya automatizado por la rutina.

En la solución del problema de la instrucción técnica de la juventud deberán colaborar : el gobierno central, los gobiernos de provincia y las municipalidades. Éstas podrán ser, en realidad, las autoridades más indicadas para organizar la enseñanza técnica del proletariado, ya que son las que mejor pueden conocer las necesidades locales del comercio, de la industria y de la agricultura. Los gobiernos provinciales podrían organizar establecimientos modelos en los grandes centros de población.

Al problema de la organización de la enseñanza técnica profesional converjen otros de orden político y económico ; así, por ejemplo, una mayor división de la tierra, aumenta el interés de los hijos de los campesinos por lo que atañe a su cultivo ; y un exceso de protección aduanera pone trabas casi insalvables al desarrollo industrial, terminando por bloquear las industrias y el comercio en los límites de cada país ; otras veces, ese mismo exceso proteccionista fomenta industrias parasitarias e impide el libre desenvolvimiento de otras.

Afortunadamente, nuestro comercio internacional no tiene — como por desgracia el europeo, aunque ahora algo menos que antes de la guerra — un carácter belicoso. No existen rivalidades entre la producción nacional y la de los demás países de América, ni con la de los países europeos y asiáticos, lo cual es gran fortuna, pues la historia nos dice, con la elocuencia de los hechos, que esas rivalidades de orden económico, que se revelan bajo la forma de batallas de tarifas aduaneras, terminan, tarde o temprano, a cañonazos. El kronprinz Federico, en ocasión de la inauguración del Museo de las artes industriales de Berlín, en 1871, decía : « Hemos vencido al enemigo sobre los

campos de batalla de la guerra; ahora venceremos sobre los campos de batalla del comercio y de la industria». Los campos de batalla del comercio y de la industria europeos se transformaron bien pronto — ¡a los 43 años del Tratado de Francfort! — en los horrorosos campos de batalla de la conflagración mundial.

Nuestro deber de hombres de la bella y generosa América del Sur — gran corazón del mundo — es preparar las nuevas generaciones en los fecundos esfuerzos de las artes de la paz, para que nuestro suelo, nuestro cielo y nuestro sol den tranquilidad y seguro hogar a todos sus hijos y a los hijos de todas las patrias que quieran compartir con nosotros los tranquilos goces que proporciona el trabajo.

Grandè es el porvenir de nuestro país, pues cuenta con los factores físicos y humanos necesarios para llegar a ocupar un puesto preeminente en el conjunto de las grandes naciones modernas. Su enorme extensión y la feracidad general de sus tierras, unidas a sus variados climas, desde el subtropical de las regiones nórdicas hasta el frío de la Patagonia, pasando por las zonas templadas intermedias, aseguran la subsistencia a una población muchas veces superior a la actual. Sus habitantes, en su gran mayoría de origen europeo, son natural y generalmente de buena constitución física e inteligentes. Los niños de nuestras escuelas y los jóvenes de colegios y universidades son, por regla general, de inteligencia vivaz y no exentos de belleza física. El pueblo es trabajador e imbuído de un noble espíritu de sacrificio. ¿Qué mejores dones podríamos pedir a la madre naturaleza para nuestro país? Falta sólo orientar sabiamente el curso de nuestra historia para aprovechar, sin malgastar energías, tan propicios factores de progreso económico y cultural.

La miseria degrada actualmente a una enorme proporción de individuos de uno y otro sexo que, en condiciones más holgadas de existencia, gozarían de los dones propios de la naturaleza humana: la salud, la energía física y mental, la dicha de vivir.

Nada contribuye más a la elevación cultural y económica de las masas que la ilustración general y la capacitación para las actividades industriales.

Imaginémonos lo que sería el espíritu colectivo de nuestra

nación el día que la cultura no fuese privilegio de una minoría de individuos.

Imaginémonos las grandiosas fuerzas morales que ostentaría el país — hoy en estado latente — el día que todos los trabajadores de las actividades del taller, del campo o del comercio fuesen hombres o mujeres cultos.

Cierto día, presenciando la labor de un herrero, admiraba la gallardía de su porte y el recio golpear sobre el yunque un hierro rojo al blanco; admirábame la precisión con que su musculoso brazo manejaba un pesado martillo y cómo la pieza de metal iba retorciéndose a los dictados de su voluntad. La llama de la fragua y los carbones incandescentes daban al ambiente una belleza incomparable. A cada golpe de martillo saltaban por doquier gruesas centellas que evocaban en mi espíritu, no sé por qué maravillosas y misteriosas asociaciones de imágenes e ideas, las fuerzas escondidas en el Universo, que dan vida y calor lo mismo a los seres más insignificantes de la creación que a los astros que pueblan los espacios inconmensurables. Alejado de allí, no pude evitar de reflexionar en las desarmonías que, por nuestra culpa, empañan las más excelsas expresiones de las fuerzas humanas creadoras. Faltaba a ese hombre, cuya vigorosa contextura y bondadosa mirada eran un rico símbolo de humanidad, la cultura científica y artística que hubieran hecho de él la más bella expresión de lo que debiera ser, de lo que será el hombre de nuestra patria en el porvenir.

Quiero precisar bien mi tesis en cuanto a la enseñanza técnica comercial, industrial y agrícola, a fin de evitar falsas interpretaciones de mi pensamiento.

Es menester enseñar un oficio a todo joven que ha alcanzado los 14 años, que ha terminado el ciclo de las primeras letras. En esa enseñanza, ocuparán un lugar muy importante los trabajos prácticos relacionados con el ejercicio de la profesión elejida por el aspirante a obrero técnico. Habrá que tener especial cuidado de evitar que la práctica en el taller o en el cultivo de la tierra sea insuficiente, pues de otro modo formaríamos falsos técnicos, esto es, personas que no tendrían éxito en el desempeño de su oficio. Esos fracasados no tardarían en engrosar el numeroso ejército de los aspirantes a empleos en las oficinas

del estado. Ellos, tomaríanle bien pronto horror a un oficio frustrado, y la obra de la escuela-taller no tardaría en derrumbarse ante los fáciles ataques de sus contrarios y de los eternos enemigos de la elevación cultural y económica del pueblo en masa, es decir, de los que siguen creyendo, a pesar de los vientos frescos del nuevo espíritu del siglo, que el progreso y el poderío de las naciones puede basarse sobre la miseria de los más y la felicidad de los menos.

La enseñanza técnica deberá apoyarse sobre la práctica misma de las actividades peculiares del oficio. Pero necesito completar mi idea: no es mi pensamiento que dicha enseñanza sea exclusivamente práctica; de otro modo no se justificaría el título de mi trabajo: *la humanización del proletariado por la enseñanza técnica profesional*. Es menester acompañar la enseñanza práctica de la científica y artística. Habremos humanizado al proletariado el día que el ebanista o el herrero sean capaces de crear espiritualmente, vale decir, cuando puedan — de modo general y no excepcionalmente como sucede en nuestros días — concebir la obra a realizar y dar una representación concreta y perfecta a dicha concepción mediante el dibujo. Y esta perfección no será puramente artística, sino también científica, porque nuestro aprendiz sabrá bastante aritmética y poseerá los necesarios conocimientos geométricos como para calcular las dimensiones de la obra y también las proporciones de las diversas partes de que estará constituida a fin de que, no sólo llene las finalidades para que se le crea, sino también para que sea la expresión de una construcción eurítmica. Para ello, claro está, tendrá que conocer la historia de los estilos, según épocas y lugares, con lo cual — en posesión de un claro concepto de la evolución del arte — podrá remontar el vuelo de su imaginación sin apartarse, empero, de las necesidades prácticas y de los gustos de sus contemporáneos y mucho menos caer en el espíritu de rutina.

Si se trata de un aprendiz de agricultor, será esencialísimo que dedique especial cuidado al cultivo de la tierra; pero no tendrá que menospreciar las nociones de las ciencias naturales que le permitan conocer los procesos biológicos que él mismo provocará con sus actividades profesionales y que le capacita-

rán para realizar inteligentemente la selección de las especies y variedades más adecuadas a la naturaleza del terreno. La botánica, la zoología, la física, la química y la biología, no sólo darán dignidad a sus ocupaciones cotidianas, sino también aumentarán su capacidad creadora de riqueza a la par que proporcionarán a su vida espiritual fuerza y belleza. Así tendremos un proletariado realmente humanizado.

Quiero precisar el sentido de esta neología que aquí empleo: *humanización*, vale decir, exaltación de la vida espiritual del hombre por la enseñanza integral: intelectual, moral, física e industrial. Las bases las da la escuela elemental; su coronamiento lo encontrará el joven en las escuelas técnicas, que le enseñarán un oficio y, al mismo tiempo, le darán cultura artística y científica. Un hombre sin ninguna cultura, sin ningún refinamiento espiritual, que tampoco conoce integralmente un oficio, es un ser *deshumanizado*; es un espectáculo lamentable, la más desagradable expresión de la miseria. Apresurémonos a encender las luces de todas las conciencias; apresurémonos a vivificar el fuego escondido en toda naturaleza humana con el hálito del arte y la ciencia; apresurémonos a capacitar las manos, los corazones y los cerebros para que reine soberana la unidad y la armonía en la compleja contextura de la vida individual y social; apresuremos la humanización del hombre! Afortunadamente, en nuestra época se va haciendo carne en la conciencia de los pueblos que la felicidad de una nación no puede basarse en la de unos pocos individuos, sino en el bienestar general. De ahí que, toda acción privada o pública que tienda a elevar el nivel de vida de la masa de la población, tiende a engrandecer a la nación misma. Las personalidades descollantes, vale decir, los hombres representativos en las artes, las ciencias y demás actividades que requieren el ejercicio de las más altas aptitudes de la inteligencia, del sentimiento y la voluntad, las únicas aristocracias que hoy podemos tolerar — las del cerebro y del corazón — son el orgullo de las naciones porque concurren con su esfuerzo al mejoramiento cultural, embelleciendo la vida, y al mejoramiento material, acrecentando las fuentes de riqueza y de salud, esto es, contribuyen al bienestar general y al perfeccionamiento del alma colectiva.

¿ No sería poner el país a la vanguardia de las naciones cultas realizar este ideal de progreso ? Nada llevaría más directamente a la Argentina a un alto nivel de prosperidad económica y adelanto cultural como esta obra de educación. Nada tampoco sería más eficaz para dar formidable impulso al desenvolvimiento de las manifestaciones desinteresadas y excelsas de las fuerzas creadoras del espíritu humano, pues no habría suelo ni atmósfera más propicios para la ciencia, las bellas letras y las artes. Sobre el terreno firme de la cultura general y la prosperidad colectiva todas esas bellas eflorescencias de la mente bien pronto alcanzarían un esplendor extraordinario ; entonces podríamos sentirnos gozosos de ser hijos de una nación pletórica de vida espiritual.

ENRIQUE MOUCHET.